



## AVISO LEGAL

Artículo: Ángel Rama y la interpretación de la literatura latinoamericana

Autor: Wey, Valquiria

Fue publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*. Nueva época, vol. 1, año VIII, núm. 43 (enero-febrero de 1994), ISSN: 0185-156X

Forma sugerida de citar: Wey, V. (1994). Ángel Rama y la interpretación de la literatura latinoamericana. *Cuadernos Americanos*, 1(43), 182-187.

<https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

D.R. © 1994    Universidad Nacional Autónoma de México  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510  
Ciudad de México, México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México, México.

<https://cialc.unam.mx/>

Correo electrónico: [cialc-sibiunam@dgb.unam.mx](mailto:cialc-sibiunam@dgb.unam.mx)

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



Con la licencia BY-NC-ND usted es libre de:

- › Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- › Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- › No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- › Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## ÁNGEL RAMA Y LA INTERPRETACIÓN DE LA LITERATURA LATINOAMERICANA

Por *Valquiria WEY*

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

NO HAN SIDO SUFICIENTES los diez años transcurridos del absurdo accidente en Barajas para recuperarnos de la sorpresa y del desconsuelo. Los amigos que teníamos entre las víctimas, por una coincidencia atroz, eran intelectuales, escritores, críticos de arte y literatura que emprendían el viaje a través del Atlántico para asistir, todos, a una reunión, de este lado del mar, en el Continente donde habían nacido.

Este extraño destino es en parte la razón que hoy nos convoca, para homenajearlos, y para reflexionar sobre las obras que nos dejaron. A nosotros, los que nos hemos quedado, y que no somos ya los mismos de diez años atrás, nos corresponde, emocionados, valorar su obra y pensamiento, atrapados entre la admiración y la nostalgia, pensando en ellos, que fueron nuestros contemporáneos, con sus rostros de entonces frente a nuestros rostros envejecidos de hoy.

He querido referirme en estas jornadas a la aportación de Ángel Rama, a su obra de ensayista y a su interpretación de la literatura latinoamericana. Rama fue una de las figuras más importantes dentro de un proceso que no termina y por el cual el pensamiento latinoamericano sentó las bases, para sí mismo, de una teoría de la cultura, atenta no sólo a los cambios históricos sino al objeto artístico como la instancia representativa de las diversas culturas y diversas esferas de producción cultural que nos conforman.

Rama era uruguayo, había nacido en Montevideo y tendría en este momento, si no me equivoco, unos setenta años. Recibió su formación académica en el prestigioso Instituto Artigas y en la Facultad de Humanidades, donde fue discípulo de Alberto Zum Felde, quien sin duda supo transmitirle una preocupación constante en

su obra: su atención en la articulación que tienen los períodos literarios entre sí y entre los diversos países de la región, preocupación que el viejo profesor compartía a su vez con el ilustre Pedro Henríquez Ureña. Fue profesor de la Preparatoria Nacional, del propio Instituto Artigas y de la Facultad de Humanidades, y era un profesor de manos llenas que al reencontrarse con sus discípulos después de años de no verlos atacaba sin pérdida de tiempo: “¿Qué estás leyendo ahora?”. Cuando las circunstancias políticas por las que atravesó su país lo llevaron al exilio, siguió siendo el maestro excepcional en Caracas, en Maryland, en Princeton, en Campinas, en París y en donde fuera. Mi condiscípulo de Montevideo, Hugo Achúgar, que lo siguió a Caracas, dijo de él: “Es un maestro y lo digo en presente porque los maestros no mueren. Un maestro no sólo para los uruguayos de finales de los cincuenta y comienzos de los sesenta, sino para los latinoamericanos en general”. Era un lector convencido, entusiasta y hasta ingenuo de cuanto obra de principiante le caía en las manos y gracias a esta cualidad, cada vez más escasa entre nosotros, promovió años después, desde su posición de editor, no pocas carreras de críticos, profesores y escritores en nuestro medio.

Una de sus tareas más relevantes la cumplió como crítico de cine, teatro y literatura en el semanario *Marcha* y en el periódico *El País*. Compartía la tarea con otro intelectual igualmente brillante y que fue su colega y contrincante de toda la vida, Emir Rodríguez Monegal. ¿Por qué ignorar ahora aquella extraña enemistad que tantas y provechosas confrontaciones nos rindió? Dice Vargas Llosa:

Todo organizador de simposios, mesas redondas, congresos, conferencias y conspiraciones literarias, del Río Grande a Magallanes, sabía que conseguir la asistencia de Ángel y Emir era asegurar el éxito de la reunión: con ellos presentes, habría calidad intelectual y pugilismo vistoso. Ángel, más sociólogo y político; Emir, más literato y académico; aquél más a la izquierda, éste más a la derecha. Las diferencias entre ambos uruguayos fueron providenciales, el origen de los más estimulantes torneos intelectuales a los que me ha tocado asistir, una confrontación en que, gracias a la destreza dialéctica, la elegancia y la cultura de los adversarios, no había nunca un derrotado y resultaban ganando siempre el público y la literatura. Sus polémicas desbordaban de la sala de sesiones a los pasillos, hoteles y páginas de los periódicos y se aderezaban de manifiestos, chismografía y barrocas intrigas que dividían a los asistentes en bandos irreconciliables y trocaban al congreso —palabreja que suena como bostezo con cierta razón— en una aventura fragorosa y vital, lo que debería ser siempre la literatura.

Mi adolescencia montevideana fue regida durante años por el rito apresurado y matutino de leer, como religión, las críticas teatrales, cinematográficas y literarias que de ambos, Ángel y Emir, aparecían alternadamente en *El País* y en *Marcha*. La mayoría eran obras que por mi edad estaban fuera de mi alcance y casi de mi interés en el momento. Con el tiempo descubrí que esta adicción secreta era un hábito muy generalizado entre los jóvenes de mi edad en Montevideo y, a través de *Marcha*, en toda Latinoamérica. Llegué a preguntarme, años después, qué podía buscar realmente una estudiante de enseñanza media en aquellas colaboraciones. Sin duda algo más que alimentar una vocación de cinéfila o lectora. Creo que buscaba una pauta para una lectura contemporánea del mundo, una articulación para una sensibilidad balbuceante. Una tarea formativa que el periodismo de actualidad cumplía a través del entusiasmo y vigor intelectual de ambos y que debería seguir cumpliendo, marcando la sensibilidad y el horizonte de una época. Tuvimos suerte los jóvenes estudiantes montevideanos de aquellos años: pienso que no en balde Emir fue interlocutor y personaje de Borges, y que tampoco en balde Rama me llevó a leer las obras fundamentales de interpretación de nuestra época y también a dudar de ellas. Vargas Llosa recuerda una serie de artículos de Rama en *Marcha* que yo jamás pude olvidar. Me refiero a la serie “Un fogonazo en la aldea” en donde investigaba la vida de un extraño personaje a lo Isidore Ducasse, un *dandy* y poeta, mucho más *dandy* que poeta, llamado Roberto de las Carreras. Seguí ansiosamente a lo largo de los artículos una línea teórica para el próximo examen que tendría con él. La conclusión sorprendente e inolvidable del maestro era insólita: escaso y mal poeta, la vida de Roberto de las Carreras era la verdadera obra de arte y merecía la más extensa y gozosa investigación erudita.

Rama y Monegal coincidieron en una idea fundamental sobre la literatura latinoamericana: la comprensión que teníamos de nuestra producción artística sólo sería completa una vez incorporada la otra gran literatura latinoamericana, la brasileña. Ambos ensayaron en su obra la incorporación de autores brasileños a las distintas épocas que estudiaron. Más que visión panorámica, Rama desarrolló, sobre todo en los ensayos de su libro *La novela latinoamericana*, una visión de conjunto insuperable. Rama operaba entonces sobre dos ejes en constante tensión: el conocimiento histórico en su vertiente política y social y el acercamiento al objeto estético, no siempre dócil a la tentación de la interpretación apriorística de

quien esgrime la historia como explicación. Aquí era donde Rama usaba la comparación, asociando o disociando, interpretando y valorando.

A excepción de su última obra, *La ciudad letrada*, y del libro sobre Darío, los libros de Rama fueron recopilaciones de artículos sobre determinados temas. Así los ensayos sobre Arguedas reunidos en la *Formación de una cultura nacional indoamericana* y su *Transculturación narrativa en América Latina*. Menciono este aspecto no porque me parezca importante en sí sino porque apunta hacia un problema de método de mucha significación en Rama. Creo que esta forma de trabajo, que aborda los fenómenos particularmente para estudiarlos en su estructura interna, es una lección de Benjamin, una influencia evidente en su última obra. Es cierto, por otra parte, que la visión histórica y social del arte en Occidente de Hauser, presencia constante en Rama, lo llevó siempre a buscar explicaciones en el funcionamiento de grandes conjuntos de nuestra producción literaria. También es cierto que el entusiasmo auténtico por la obra, la revelación rebelde y única del objeto estético comienzan por hacer crisis y marcan la búsqueda cada vez más notable de lo específico y no de lo general en los procesos culturales que estudia. Así relea a Arguedas y nos muestra su lado artístico, la transformación de su erudición etnográfica en la creación de nuevos mitos, es decir, de nuevos lenguajes, que pueblan la imaginación de un hombre diferente que no responde mecánicamente al estímulo de los viejos mitos que llegaron con los conquistadores. Así se ocupa de la paradójica conjunción entre regionalismo y vanguardia que nos rinde a Guimarães Rosa y a Rulfo, a García Márquez y a Carpentier. De la transculturación que atraviesa las fábulas literarias y que alcanza la estructura misma de la narrativa, y más aún, la relación entre signo y objeto y que nos remite a una cultura propia, crítica, capaz de antagonizar con las culturas dominantes mucho antes de la liberación política.

Finalmente, en *La ciudad letrada*, su obra póstuma, Rama busca el espacio generador de la nueva representación simbólica que produce el mundo latinoamericano y cree encontrarlo en la ciudad americana. Señala Rama:

Desde la remodelación de Tenochtitlan, luego de su destrucción por Hernán Cortés en 1521, hasta la inauguración en 1960 del más fabuloso sueño de urbe de que han sido capaces los americanos, la Brasilia de Lúcio Costa y Oscar Niemayer, la ciudad latinoamericana ha venido siendo básicamente un parto

de la inteligencia, pues quedó inscrita en un ciclo de la cultura universal en que la ciudad pasó a ser sueño de un orden y encontró en las tierras del Nuevo Continente, el único sitio propicio para encarnar.

En América los conquistadores, ignorando las culturas autóctonas, haciendo *tabula rasa* de los indígenas y de su pasado, construyen la ciudad ideal, la ciudad de la inteligencia y el orden, la ciudad de Moro y de la utopía, pero sobre todo donde el orden fuese el impulso generador. Así las ciudades latinoamericanas, en su gran mayoría fueron fundadas por la geometría y la palabra antes que por los habitantes que ahí se asentaban. Hay por lo tanto una ciudad letrada, favorecedora del orden jerárquico, y una ciudad real, orgánica, que dificulta la acción racionalizadora de las élites intelectuales. Dice Rama:

Visualizamos dos entidades diferentes que, como el signo lingüístico, están unidas, más que arbitrariamente, forzosa y obligadamente. Una no puede existir sin la otra, pero su naturaleza y funciones son diferentes como lo son los componentes del signo. Mientras que la ciudad letrada actúa preferentemente en el campo de las significaciones y aun las autonomiza en un sistema, la ciudad real trabaja más cómodamente en el campo de los significantes y aun los segrega de los encadenamientos lógico-gramaticales.

El libro de Rama va a colocar la vida latinoamericana dentro de esas dos dimensiones que dinamizan y conforman la vida latinoamericana: la ciudad como el espacio necesario pero no vacío, sino poblado por un ideal discursivo de la élite intelectual, a punto de que la primera se transforma en la representación simbólica de la segunda y la segunda ordena, metafóricamente, a la primera. ¿Qué es entonces lo que cambia en la ciudad letrada? En primer lugar cambia el pensamiento, cambia la idea de orden y de jerarquía política, por donde se cuele la ciudad real, la ciudad orgánica que atenta contra el centralismo de la ciudad letrada.

La originalidad del planteamiento es evidente. Rama nos propone en una transposición atenta y bien elaborada del pensamiento de nuestra época (ahí está la presencia de Benjamin a través de Richard Morse y de Lewis Mumford, la presencia de Foucault y de Braudel), nuevos recursos para pensar a la vida cultural de América Latina, con la evidente ganancia que esos instrumentos ya no pasan por el análisis de la política y de la conducta económica del mundo, sino a través del fenómeno concreto de nuestra actividad diaria. Esta gran obra que invito a ustedes a releer o a conocer,

marcaba un cambio en la producción ensayística de Rama. Por desgracia resultó en su testamento.

Lo demás es memoria privada, su hermosa sonrisa, su mirada atenta, su calva progresiva, sus grandes zancadas, su interés paternal por los que éramos jóvenes, pero sobre todo un rasgo de fe totalmente juvenil, de que su causa, la de los latinoamericanos, estaba llena de sorpresas fantásticas, era la mejor y, sobre todo, estaba ganada.